

A esto replicó el padre:

—Bien habrias dicho, hija, si la malicia ordinaria no se opusiera á tu discreto discurso, pues está claro que esta imagen hoy en este dia se ha de echar ménos en el aposento que dices, y el dueño della ha de tener por cierto que la persona que con él estuvo se la llevó, y de llegar á su noticia que la tiene algun religioso, ántes ha de servir de conocer quién se la dió al tal que la tiene, que no de declarar el dueño que la perdió; porque puede hacer que venga por ella otra á quien el dueño haya dado las señas; y siendo esto así, ántes quedáremos confusos que informados, puesto que podamos usar del mismo artificio que sospechamos, dándola al religioso por tercera persona; lo que has de hacer, hija, es guardarla y encomendarte á ella, que pues ella fué testigo de tu desgracia, permitirá que haya juez que vuelva por tu justicia; y advierte, hija, que más lastima una onza de deshonra pública, que una arroba de infamia secreta; y pues puedes vivir honrada con Dios en público, no te pene de estar deshonorada contigo en secreto; la verdadera deshonra está en el pecado, y la verdadera honra en la virtud; con el dicho, con el deseo y con la obra se ofende á Dios; y pues tú ni en dicho, ni en pensamiento, ni en hecho le has ofendido, tente por honrada, que yo por tal te tendré, sin que jamas te mire sino como verdadero padre tuyo.

Con estas prudentes razones consoló su padre á Leocadia; y abrazándola de nuevo su madre, procuró tambien consolarla: ella gimió y lloró de nuevo, y se redujo á cubrir la cabeza, como dicen, y á vivir recogidamente debajo del amparo de sus padres, con vestido tan honesto como pobre.

Rodolfo en tanto, vuelto á su casa, echando ménos la imagen del crucifijo, imaginó quién podia haberla llevado; pero no se le dió nada, y como rico no hizo cuenta dello, ni sus padres se la pidieron, cuando de allí á tres dias que él partió á Italia, entregó por cuenta á una camarera de su madre todo lo que en el aposento dejaba.

Muchos dias habia que tenia Rodolfo determinado de pasar á Italia, y su padre, que habia estado en ella, se lo persuadia, diciéndole que no eran caballeros los que solamente lo eran en su patria, que era menester serlo tambien en las ajenas. Por estas y otras razones

se dispuso la voluntad de Rodolfo de cumplir la de su padre, el cual le dió crédito de muchos dineros para Barcelona, Génova, Roma y Nápoles; y él con dos de sus camaradas se partió luégo, goloso de lo que habia oído decir á algunos soldados de la abundancia de las hosterías de Italia y Francia, y de la libertad que en los alojamientos tenían los españoles.

Sonábale bien aquel: *Eco li buoni polastri picioni, presuto et salcicie*, con otros nombres deste jaez, de quien los soldados se acuerdan cuando de aquellas partes vienen á estas, y pasan por la estrechez á incomodidades de las ventas y mesones de España. Finalmente, él se fué con tan poca memoria de lo que con Leocadia le habia sucedido, como si nunca hubiera pasado.

Ella en este entretanto pasaba la vida en casa de sus padres con el recogimiento posible, sin dejar verse de persona alguna, temerosa que su desgracia se la habian de leer en la frente. Pero á pocos meses vió serle forzoso hacer por fuerza lo que hasta allí de grado hacia: vió que le convenia vivir retirada y escondida, porque se sintió preñada; suceso por el cual las en algun tanto olvidadas lágrimas volvieron á sus ojos, y los suspiros y lamentos comenzaron de nuevo á herir los vientos, sin ser parte la discrecion de su buena madre á consolalla.

Voló el tiempo, y llegóse el punto del parto, y con tanto secreto, que aún no se osó fiar de la partera; usurpando este oficio la madre, dió á luz del mundo un niño de los hermosos que pudieran imaginarse. Con el mismo recato y secreto que habia nacido le llevaron á una aldea, donde se crió cuatro años, al cabo de los cuales, con nombre de sobrino le trujo su abuelo á su casa, donde se criaba, si no muy rica, á lo ménos muy virtuosamente.

Era el niño (á quien pusieron nombre Luis, por llamarse así su abuelo) de rostro hermoso, de condicion mansa, de ingenio agudo, y en todas las acciones que en aquella edad tierna podia hacer, daba señales de ser de algun noble padre engendrado; y de tal manera su gracia, belleza y discrecion enamoraron á sus abuelos, que vinieron á tener por dicha la desdicha de su hija por haberles dado tal nieto. Cuando iba por la calle llovian sobre él millares de bendiciones: unos



bendecian su hermosura, otros la madre que le habia parido, éstos el padre que le engendró, aquéllos á quien tan bien criado le criaba.

Con este aplauso de los que le conocian y no conocian, llegó el niño á la edad de siete años, en la cual ya sabia leer latin y romance, y escribir formada y muy buena letra; porque la intencion de sus abuelos era hacerle virtuoso y sabio, ya que no le podian hacer rico: como si la sabiduría y la virtud no fuesen las riquezas sobre quien no tienen jurisdiccion los ladrones ni la que llaman fortuna.

Sucedió, pues, que un dia que el niño fué con un recaudo de su abuela á una parienta suya, acertó á pasar por una calle donde habia carrera de caballeros: púsose á mirar, y por mejorarse de puesto pasó de una parte á otra á tiempo que no pudo huir de ser atropellado de un caballo, á cuyo dueño no fué posible detenerle en la furia de su carrera: pasó por encima dél, y dejóle como muerto tendido en el suelo, derramando mucha sangre de la cabeza.

Apénas esto hubo sucedido, cuando un caballero anciano que estaba mirando la carrera, con no vista ligereza se arrojó de su caballo, y fué donde estaba el niño, y quitándole de los brazos de uno que ya le tenía, le puso en los suyos, y sin tener cuenta con sus canas ni con su autoridad, que era mucha, á paso largo se fué á su casa, ordenando á sus criados que le dejasen y fuesen á buscar un cirujano que al niño curase. Muchos caballeros le siguieron lastimados de la desgracia de tan hermoso niño, porque luégo salió la voz que el atropellado era Luisico, el sobrino del tal caballero, nombrando á su abuelo.

Esta voz corrió de boca en boca hasta que llegó á los oídos de sus abuelos y de su encubierta madre, los cuales, certificados bien del caso, como desatinados y locos salieron á buscar á su querido; y por ser tan conocido y tan principal el caballero que le habia llevado, muchos de los que encontraron les dijeron su casa, á la cual llegaron á tiempo que ya estaba el niño en poder del cirujano. El caballero y su mujer, dueños de la casa, pidieron á los que pensaron ser sus padres que no llorasen ni alzasen la voz á quejarse, porque no le sería al niño de ningun provecho. El cirujano, que era famoso, habiéndole curado con grandísimo tiento y maestría, dijo que no era tan mortal la herida como él al principio habia temido.

En la mitad de la cura volvió Luis en su acuerdo, que hasta allí habia estado sin él, y alegróse en ver á sus tíos, los cuales le preguntaron llorando que cómo se sentia.

Respondió que bueno, sino que le dolia mucho el cuerpo y la cabeza.

Mandó el médico que no hablasen con él, sino que le dejasen reposar: hizose así, y su abuelo comenzó á agradecer al señor de la casa la gran caridad que con su sobrino habia usado. A lo cual respondió el caballero que no tenía que agradecerle; porque le hacia saber que cuando vió al niño caido y atropellado, le pareció que habia visto el rostro de un hijo suyo, á quien él queria tiernamente, y que esto le movió á tomarle en sus brazos y traerle á su casa, donde estaria todo el tiempo que la cura durase, con el regalo que fuese posible y necesario. Su mujer, que era una noble señora, dijo lo mismo, y hizo áun más encarecidas promesas.

Admirados quedaron de tanta cristiandad los abuelos; pero la madre quedó más admirada, porque habiendo con las nuevas del cirujano sosegádose algun tanto su alborotado espíritu, miró atentamente el aposento donde su hijo estaba, y claramente por muchas señales conoció que aquella era la estancia donde se habia dado fin á su honra y principio á su desventura; y aunque no estaba adornada de los damascos que entónces tenía, conoció la disposicion della, vió la ventana de la reja que caia al jardin, y por estar cerrada á causa del herido, preguntó si aquella ventana respondia á algun jardin. Y fuéle respondido que sí; pero lo que más conoció fué que aquella era la misma cama que tenía por tumba de su sepultura; y más que el propio escritorio, sobre el cual estaba la imágen que habia traído, se estaba en el mismo lugar.

Finalmente, sacaron á luz la verdad de todas sus sospechas los escalones que ella habia contado cuando la sacaron del aposento tapados los ojos, digo, los escalones que habia desde allí á la calle, que con advertencia discreta contó; y cuando volvió á su casa, dejando á su hijo, los volvió á contar y halló cabal el número; y confiriendo unas señales con otras, de todo punto certificó por verdadera su imaginacion, de lo cual dió por extenso cuenta á su madre, que como



discreta se informó si el caballero donde su nieto estaba, había tenido ó tenía algún hijo, y halló que el que llamamos Rodolfo lo era, y que estaba en Italia; tanteando el tiempo que le dijeron que había faltado de España, vió que eran los mismos siete años que el nieto tenía.

Dió aviso de todo esto á su marido, y entre los dos y su hija acordaron de esperar lo que Dios hacia del herido, el cual dentro de quince dias estuvo fuera de peligro, y á los treinta se levantó, en todo el cual tiempo fué visitado de la madre y de la abuela, y regalado de los dueños de la casa como si fuera su mismo hijo; y algunas veces hablando con Leocadia doña Estefanía, que así se llamaba la mujer del caballero, le decia que aquel niño se parecia tanto á un hijo suyo que estaba en Italia, que ninguna vez le miraba que no le pareciese ver á su hijo delante. Destas razones tomó ocasion de decirle una vez que se halló sola con ella, las que con acuerdo de sus padres habia determinado de decirle, que fueron estas ú otras semejantes:

—El dia, señora, que mis padres oyeron decir que su sobrino estaba tan mal parado, creyeron y pensaron que se les habia cerrado el cielo y caido todo el mundo á cuestras: imaginaron que ya les faltaba la lumbre de sus ojos y el báculo de su vejez, faltándoles este sobrino á quien ellos quieren con amor de tal manera, que con muchas ventajas excede al que suelen tener otros padres á sus hijos; mas como decirse suele, que cuando Dios da la llaga da la medicina, lá halló el niño en esta casa, y yo en ella el acuerdo de unas memorias que no las sabré olvidar mientras la vida me duráre; yo, señora, soy noble, porque mis padres lo son, y lo han sido todos mis antepasados, que con una medianía de los bienes de fortuna han sustentado su honra felizmente donde quiera que han vivido.

Admirada y suspensa estaba doña Estefanía escuchando las razones de Leocadia, y no podia creer, aunque lo veia, que tanta discrecion pudiese encerrarse en tan pocos años, puesto que á su parecer la juzgaba por de veinte, poco más ó menos; y sin decirle ni replicarle palabra, esperó todas las que quiso decirle, que fueron aquellas que bastaron para contarle la travesura de su hijo, la deshonra suya, el robo, el cubrirle los ojos, el traerla á aquel aposento, las se-

ñales en que habia conocido ser aquel mismo que sospechaba; para cuya confirmacion sacó del pecho la imágen del crucifijo, que habia llevado, á quien dijo:

—Tú, Señor, que fuiste testigo de la fuerza que se me hizo, sé juez de la enmienda que se me debe hacer; de encima de aquel escritorio te llevé con propósito de acordarte siempre mi agravio, no para pedirte venganza del, que no la pretendo, sino para rogarte me diceses algún consuelo con que llevar en paciencia mi desgracia. Este niño, señora, con quien habeis mostrado el extremo de vuestra caridad, es vuestro verdadero nieto; permission fué del cielo el haberlo atropellado, para que trayéndole á vuestra casa, hallase yo en ella, como espero que he de hallar, si no el remedio que mejor convenga con mi desventura, á lo ménos el medio con que pueda sobrellevarla.

Diciendo esto, abrazada con el crucifijo, cayó desmayada en los brazos de Estefanía, la cual en fin, como mujer y noble, en quien la compasion y misericordia suele ser tan natural como la crueldad en el hombre, apénas vió el desmayo de Leocadia, cuando juntó su rostro con el suyo, derramando sobre él tantas lágrimas, que no fué menester esparcirle otra agua encima para que Leocadia en sí volviese.

Estando las dos de esta manera, acertó á entrar el caballero, marido de Estefanía, que traia á Luisico de la mano, y viendo el llanto de Estefanía y el desmayo de Leocadia, preguntó á gran priesa le dijiesen la causa de do procedia.

El niño abrazaba á su madre por su prima y á su abuela por su bienhechora, y asimismo preguntaba por qué lloraban.

—Grandes cosas, señor, hay que deciros,—respondió Estefanía á su marido,—cuyo remate se acabará con deciros, que hagais cuenta que esta desmayada es hija vuestra y este niño vuestro nieto. Esta verdad que os digo me ha dicho esta niña, y la ha confirmado y confirma el rostro deste niño, en el cual entrambos habemos visto el de nuestro hijo.

—Si más no os declarais, señora, yo no os entiendo,—replicó el caballero.

En esto volvió en sí Leocadia, y abrazada del crucifijo, parecia estar convertida en un mar de llanto.